

Alexander Solzenitzin

POLONIA: LA LECCION PRINCIPAL

¿Cuál es la lección principal que se desprende de los acontecimientos ocurridos en Polonia? Durante los últimos sesenta y cinco años, la misma lección se ha prodigado con más o menos claridad unas cuarenta veces, pero los occidentales han hecho todo lo posible por ignorarla o por interpretarla al revés. ¿Qué de explicaciones escuchamos en estos momentos! Desde la ingenua indignación: "Le han echado a perder la Navidad a Occidente" (tal era el sentido de las preguntas que me hizo un periodista inglés), hasta un espejismo fantasmagórico: "Una junta militar de tipo latinoamericano apareció en Polonia para expulsar a un extenuado partido comunista." Eso sí que es gracioso: ¿intentar expulsar a un partido comunista instalado en el poder! ¿Cuándo, dónde y quién lo ha logrado jamás?

La explicación más elemental habla de una injerencia del exterior: "el Kremlin presionó a Jaruzelski." Pero si la presión ejercida por el Kremlin constituye una explicación suficiente, entonces ni el ejército soviético ni los miembros de la Checa, que atizan la presión, son responsables. Y tampoco nosotros, los nacionales de la URSS, tenemos ninguna responsabilidad, porque también a nosotros el Kremlin nos ha "presionado"... desde 1918, por medio de la Checa, de ejecuciones, hundiendo lanchas cargadas de seres humanos, creando campos de concentración para millones y millones de personas, exterminando a pueblos enteros en proporciones todavía desconocidas en la Historia de la humanidad. Objetivamente, podemos señalar que el Kremlin en una primera época recurrió también a una fuerza del exterior: los cientos de miles de prisioneros de la guerra de 1914 a quienes se les permitió hacer la ley en el extranjero. Es cierto que al comunismo nunca le ha repugnado apoyarse en una fuerza del exterior, pero es indigno e ilusorio contentarse con una explicación semejante. Si el comunismo se consolidó en Rusia, en Cuba y en Etiopía fue porque encontró suficientes voluntarios en esos países para cumplir con la tarea del verdugo, mientras que el resto de la población no supo resistir. Y por eso todos son responsables, — todos, con excepción de los que murieron en la resistencia.

"¿El Kremlin presionó?" Bien. Pero, ¿por qué Jaruzelski y la milicia polaca y el ejército polaco, todos ellos, por qué obedecieron? ¿Cómo se consiguió el Kremlin tan pronto más de medio millón de ejecutantes? Entre las cuarenta lecciones anteriores, la lección polaca postula una claridad particular porque estamos frente a una nación ejemplar por su homogeneidad, su unidad, su integridad, en fin: una nación tan sólidamente cimentada en el sentimiento nacional y religioso que se pensaría que nada podría dividirla. Y, no obstante, esa nación generó también el número necesario de ejecutan-

tes comunistas. Incluso es seguro que algunos de los polacos que hoy se indignan colaboraron en 1945 en la exterminación del ejército nacional. Así, también, es seguro que entre las víctimas de Praga de 1968 encontramos a muchos que, en 1945, trabajaron con entusiasmo para edificar el comunismo, burlándose de los que habían huido de la URSS.

Esta es, pues, la lección: el peligro que amenaza a la humanidad del siglo XX no proviene de tal o cual país, o de tal o cual nación, ni de un dirigente en particular: proviene del mal universal que representa el comunismo. Hace ya sesenta y cinco años que el comunismo realiza, prácticamente sin tropiezos, su marcha triunfal a través del mundo. Pero lo curioso es que no hay una sola nación en Europa que no esté dispuesta a adjudicarle a la URSS el adjetivo necesario de verdugo para, de inmediato, someterse enteramente. Tomemos a la República Federal de Alemania: está totalmente de rodillas, o casi, frente al comunismo, sin que para ello haya necesidad de recurrir a los dirigentes de la República Democrática Alemana. ¿Y Francia? Hace ya mucho que un partido por el que votan millones de electores actúa allí al descubierto y no esconde sus intenciones de proporcionar al comunismo mundial los líderes que necesite. Y, cuando llegue la ocasión, se van a encontrar muchos de esos líderes — más que en Polonia — en países como Italia, España y Gran Bretaña.

El hecho novedoso, entonces, no es "la presión del Kremlin", sino lo mal preparada que está la humanidad, lo excesivamente débil que se muestra para enfrentarse al comunismo. Esto es lo que rebasa y desafía a la inteligencia.

El hecho terrible no es "la presión del Kremlin", sino que la humanidad entera, todos nosotros, por razones que tienen que ver con nuestra debilidad espiritual, permitimos que nos hundan en la fosa que nos tiene preparada el comunismo.

Es demasiado fácil ahora expresar simpatías tardías por Polonia y esperar con ardor que los polacos se sacudan el yugo otra vez para detener así la marcha del comunismo por toda Europa. Pero entonces, ¿por qué en 1946 los aliados de Occidente empujaron con tal descuido a Polonia (y a Rumania también) para que cayera en las fauces del comunismo? ¿Qué tiene de novedosa la ocupación de Afganistán cuando Trotsky, en la cúspide de su poder, escribía explícitamente que "el acceso a Berlín pasa por Afganistán", mientras que, en Suiza Lenin había previsto en su programa de 1915 que su ejército revolucionario (que todavía no existía) entrara en la India?

Sí: el comunismo mundial representa siempre una fuerza exterior en relación con cada nación. Y la lección polaca adquiere un relieve particular porque incluso Polonia, con su pasión por la libertad, y con ese impulso de todo su pueblo por alcanzar la independencia, conoció la derrota. Ninguna

N. de R. Este ensayo se reproduce con autorización de *The New York Times*.



nación europea ha acumulado tal capacidad de resistencia. De ahí que el diciembre polaco suene a marcha fúnebre para esa Europa que, de 1917 a 1982, no ha sabido comprender la naturaleza del peligro que la amenaza.

En estos últimos tiempos nos regocijamos, para hacernos ilusiones, diciendo que "la ideología comunista ha muerto" o que ha sufrido un desastre. Pero no es cierto: arde todavía lo bastante como para conquistar al mundo entero: se lleva todo por delante. Brezhnev y Jaruzelski no son los únicos responsables de los hechos ocurridos en Polonia: comparten la responsabilidad con Deng Siao Ping, Pol Pot, Castro, los dirigentes de Nicaragua, Marchais, e incluso Berlinguer y Carrillo —sí, con ellos también, aunque enarbolan protestas públicas. Es sin duda su ideología lo que con su pesado caminar está pisoteando a Polonia. Y, hay que confesarlo, la responsabilidad alcanza también a los socialistas que, no obstante, protestan con vehemencia: no olvidemos que la ideología de todo socialismo se funda en el poder coercitivo del estado. Y tampoco nos equivoquemos: el movimiento de Solidaridad no está inspirado en el socialismo sino en el cristianismo.

¿Que la ideología está muerta? Antes de morir se va a encontrar el tiempo para derrumbar y conquistar al occidente entero y alimentarse con su sangre. La ideología comunista es una fuerza metafísica contraria a la naturaleza: actúa en contra de las leyes físicas, económicas, sociológicas. En lugar de reventar, como debiera, triunfa. Triunfa —repetámoslo— gracias a la debilidad de Occidente. La ideología comunista es capaz de sobrevivir a la URSS y a China comunista: siempre podrá encontrar en el planeta un suelo capaz de nutrirlo.

Hace ya sesenta y cinco años que, año tras año, mes tras mes, Occidente inclina su balanza siempre hacia el mismo lado: para caer y someterse. Varias generaciones de occidentales se entregaron a la comodidad mientras al este del Bug se mataba y exterminaba a decenas de millones de sus semejantes. Lo mismo sucede hoy: los pacifistas europeos, en su

extravío espiritual, se apresuran a meterle una zancadilla a los Estados Unidos, que parecen inclinados a oponer resistencia. Europa no desea contar con sus propias fuerzas y pone todas sus esperanzas en un milagro del exterior o en el éxito de las brumosas negociaciones entabladas con los comunistas.

Pero el milagro no alcanza nunca a las almas descarriadas. Las negociaciones con el comunismo jamás han sido fecundas para Occidente y siempre se han saldado con derrotas (hay dos excepciones aparentes: Austria se benefició con un gesto personal de Krushov y, en lo que toca a la prohibición de experimentos nucleares en la atmósfera, traduce más bien una reacción de defensa del planeta). Todas las negociaciones, desde Gênes (1922), pasando por Yalta y Helsinki, hasta las que se celebran actualmente en Ginebra, no han servido más que para engañar a Occidente y asegurar el éxito del comunismo. Vanas son, pues, las esperanzas actuales. La democracia occidental se aferra a ilusiones.

Es estar ciego creer que son saludables las negociaciones con un adversario sin corazón mientras la debilidad de Occidente, resultado de tres siglos de evolución europea, reside en sus propios cimientos. Porque la sociedad occidental, tal y como se manifiesta hoy en día (cada vez más consumidora, trabajando de mala gana, hedonista, con el núcleo familiar que se destruye, tentada por la droga, atea, y paralizada por el terrorismo), agotó su energía vital y perdió su salud espiritual. Tal como está no puede sobrevivir.

Y el socialismo, lejos de ser una solución, no es más que otra manifestación del mismo mal.

Por supuesto que los pueblos sometidos van a sublevarse aquí y allá, haciéndose en algunos momentos con una victoria que habrán de pagar con su sangre. Pero si funda sus esperanzas sólo en esa clase de respuestas, Occidente corre hacia su perdición. Así, las esperanzas de todo ser vivo en la tierra no pueden ser más que de orden interior: fortificar su propio espíritu, exaltar los verdaderos valores de la vida.